

FLAVIA FIORUCCI: *Intelectuales y Peronismo, 1945-1955*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2011.

Frente a otros planos de la historia del primer peronismo, en los que la historiografía alcanzó ciertos acuerdos básicos, el relato de las relaciones entre el Estado peronista y los intelectuales pareciera seguir estando dominado por las memorias de los actores. Podemos aventurar dos razones para explicar esta situación. Por un lado, es probable que en parte se deba al comprensible afán de los propios intelectuales de reafirmar su posición política e intelectual en los sucesivos escenarios políticos posteriores a 1955, a través de la producción y actualización de imágenes parciales e interesadas de esa etapa crucial de la reorganización de las relaciones entre política y cultura en la Argentina. Por otro lado, y quizá en cierta medida debido a la primera razón, por contraste con otros aspectos del peronismo que fueron y continúan siendo intensamente estudiados y revisados, la vida intelectual durante esta etapa aún no ha sido sometida a un estudio sistemático. Frente a este estado de cosas, la aparición de *Intelectuales y Peronismo, 1945-1955* de Flavia Fiorucci resulta una contribución fundamental para comenzar a saldar esta deuda.

Mediante un uso muy productivo de la noción de campo intelectual de Bourdieu, Fiorucci propone un acercamiento al espacio intelectual que en ningún momento pierde de vista la dimensión de conjunto. Esto se pone de manifiesto en la propia organización de la obra.

El capítulo 1 se concentra en los cambios en el papel del Estado en relación a la cultura con el objeto de comprender sus efectos sobre el campo intelectual. Para ello examina las reformas de la burocracia cultural y las políticas culturales concretas llevadas adelante por el gobierno. Éstas, de acuerdo a la autora, tuvieron dos momentos claramente diferenciados. El primero, que se inicia con la asunción de Perón y acaba en 1950, se caracteriza por la creación de instancias institucionales específicas destinadas a incrementar la capacidad de acción del Estado en la esfera de la cultura, tanto en relación a los productores como a los consumidores (creación de la Subsecretaría de Cultura, luego Dirección de Cultura, desarrollo de programas, premios, juntas, etc.), y por la búsqueda de cooptación de la intelectualidad. Fiorucci concluye que estas políticas estuvieron signadas por la ambivalencia, la contradicción, e incluso, en el caso de los intentos de cooptación, por la torpeza. Los rasgos de la segunda etapa, sobre todo a partir del inicio de la segunda presidencia, se inscriben en un cambio más general de actitud del gobierno, en el cual se observaría “una mayor recurrencia de políticas y de acciones estatales claramente censuradoras y de confrontación” (40). Pero, como señalábamos, parte de la intervención se orientó hacia los consumidores. En este punto, el capítulo sostiene una tesis muy sugerente que sin dudas merece

ser discutida: la idea de “cultura popular” atribuida al peronismo tuvo que ver, al menos en lo que hace a las acciones de la Subsecretaría de Cultura, más con el público al que se procuró llegar que con su contenido. En palabras de la autora, “...es posible concluir que no estuvo en el horizonte del peronismo revolucionar las jerarquías culturales” (51).

A pesar de la productividad heurística del análisis de las políticas emanadas de las nuevas dependencias culturales del Estado, como forma de comprender el papel del Estado en la esfera de la cultura y de sus efectos sobre el campo intelectual, la autora advierte que la oposición y la adhesión de los intelectuales durante esta etapa no puede ser reducida a las respuestas ante esas políticas específicas. En efecto, ello es así en la medida en que esta política cultural se dio de manera paralela a la fuerte intervención en otras áreas altamente sensibles para el mundo intelectual, como las universidades, la prensa, la propaganda, los partidos políticos y la educación, así como a la incorporación de un puñado de intelectuales nacionalistas en funciones relevantes de la administración.

Los dos capítulos que le siguen exploran los polos a partir de los cuales se tensó el campo intelectual en este período. Si la morfología que el espacio intelectual adquirió durante esta etapa estaba en gran medida prefigurada desde el estallido de la Segunda Guerra Mundial, o incluso desde el comienzo de la Guerra Civil Española, es durante el primer peronismo que las oposiciones y alianzas se fijaron y cristalizaron en una serie de instituciones, grupos y publicaciones. Fiorucci escoge, como entrada al análisis de las posiciones y la lógica de funcionamiento del campo, a las asociaciones de escritores que tendieron a funcionar como espacios de referencia y acción colectiva de cada polo. Por un lado, la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), que nucleaba a la porción más relevante de la intelectualidad antiperonista, y, por el otro, a la Asociación de Escritores Argentinos (ADEA) y al Sindicato de Escritores Argentinos (SEA), entidades más pequeñas, menos prestigiosas y de breve vida, que reunieron en su seno al heterogéneo espacio de los adherentes al gobierno. A pesar del alto grado de polarización del campo, esto no implicó que estas asociaciones estuvieran exentas de conflictos. Por el contrario, las tensiones fueron recurrentes, sobre todo cuando la acción del gobierno en temas de interés cultural y profesional enfrentaba a sus integrantes con la necesidad de asumir posiciones comunes. Las formas y límites de la oposición que los intelectuales antiperonistas emprendieron durante esta etapa constituye uno de las cuestiones centrales del capítulo y, ciertamente, del conjunto del tema analizado. Mediante el análisis de sus acciones públicas, Fiorucci traza un cuadro muy distinto al que parte importante de los propios intelectuales críticos construyeron respecto de su accionar. La obra ofrece algunas claves muy relevantes para interpretar el desfasaje entre lo que la SADE

y los propios actores parecían haber elevado como criterio de intervención en los años previos y la clase de acción que finalmente desplegaron.

El cuarto capítulo concentra su atención en las interpretaciones que hicieron del peronismo las más importantes revistas culturales del período formadas por intelectuales antiperonistas (*Sur*, *Expresión*, *Realidad*, *Liberalis* e *Imago Mundi*) y, en un caso en particular (*Contorno*), no peronistas. Desde el punto de vista del análisis de campo, este capítulo dialoga con el último apartado del capítulo tres, el cual estudia el derrotero de *Hechos e Ideas*, publicación filoperonista que, al menos hasta inicios de la década de 1950, reunió a parte de los intelectuales provenientes del grupo FORJA. En tanto este apartado muestra la dinámica de las relaciones entre el gobierno y la intelectualidad afín a partir de una publicación en particular, el capítulo cuatro revela los posicionamientos, estrategias de intervención política, consensos y diferencias dentro del arco intelectual antiperonista. A pesar de algunos esporádicos llamados aparecidos en estas mismas revistas en favor de una discusión pública más abierta, Fiorucci destaca que el tono general sostenido por estas publicaciones para referirse al peronismo fue la crítica velada y el sobreentendido.

El derrocamiento de Perón deshizo la unidad del heterogéneo espacio del antiperonismo. Este tema es abordado en el último capítulo del volumen. Pasados los meses inmediatamente posteriores al golpe de Estado de 1955, en que, por ejemplo, el vocabulario utilizado para describir la experiencia peronista presentaba una línea de continuidad con las posiciones expresadas en los momentos iniciales del peronismo (dictadura, fascismo, etc.), las diferencias en torno a las políticas emprendidas por el gobierno de Aramburu respecto a la integración de las masas peronistas y la desperonización, hicieron estallar la ya frágil unidad. Frente a posturas más contemplativas acerca de la realidad social que el peronismo había puesto en primer plano, se situaban aquellas voces que respaldaban con firmeza las políticas del gobierno militar. Es importante observar que si bien las nuevas oposiciones que reorganizaron el campo intelectual estaban atravesadas por la política, de ningún modo se reducían a ésta. Por el contrario, en cierto sentido es posible recorrer parte de las disputas políticas en el interior del campo intelectual, tal como lo hace Fiorucci con el enfrentamiento entre Borges y Sábato, como modos de plantear y resolver por otras vías oposiciones estéticas, propias del campo literario.

Finalmente, a la par del gran valor que esta obra guarda para comprender un momento esencial de la historia de la cultura argentina en general, y de los intelectuales en particular, es necesario destacar –y agradecer– el hecho no menor de la claridad y precisión de su escritura.

**Alejandro Dujovne**

*IDES/Conicet*